

Nieves africanas

La cordillera montañosa que cruza Marruecos como una columna vertebral, con numerosas cumbres que superan los 4.000 metros de altura, parece sostener el cielo, igual que el dios mitológico Atlas.

Texto de ROGER MIMÓ



La imponente cordillera del Gran Atlas atraviesa Marruecos de punta a punta, desde el océano Atlántico hasta la frontera argelina, dividiendo el país en dos zonas climáticas y paisajísticas: el fértil norte por un lado y el sur semidesértico por el otro. Sus cumbres y sus valles sorprenden al viajero por la diversidad de formas y colores que ofrecen: combinan la tierra ocre y la roca gris con algunos bosques tan verdes como inesperados. En un desplazamiento de una sola jornada se puede pasar de una vegetación exuberante, que recuerda a los Alpes, a un entorno absolutamente sahariano, en el que apenas sobrevive algún

matujo seco. Ésta es la principal característica física del Atlas por la fuerza de sus contrastes. Con sus 800 kilómetros de longitud y 200 kilómetros de anchura y 4.000 metros de altitud, es la más alta de las cadenas africanas. En conjunto, sus montañas reciben el nombre genérico de Atlas y marcan la frontera entre la frontera del norte de África del norte y el Sahara. Entre estas cadenas hay que mencionar, además, el Atlas Medio, el Anti-Atlas, el Atlas Sahariano y el Atlas Sahariano, las dos últimas en territorio argelino. El origen de los Atlas hay que buscarlo en una inmensa placa granítica surgida hace 350 millones de años, que ocupaba todo el Marruecos actual. Buena parte de esta mole se hundió en el mar durante la Era Secundaria, y se convirtió en



ANTONIO SA

fosa en la que se acumularon abundantes detritus calcáreos y arcillosos. Volvió a emerger en el Terciario como consecuencia de un plegamiento tectónico causado por un choque entre las placas africana, ibérica y eurasiática. Sin embargo, al aparecer de nuevo, su aspecto había cambiado por completo, puesto que se hallaba recubierta de una espesa capa sedimentaria. En este mismo periodo se diferenciaron de un modo claro y definitivo el Gran Atlas y el Atlas Medio.

Este último, situado más al norte, queda protegido por el primero de los vientos del Sahara, por lo que, a pesar de su menor altura, posee un clima mucho más húmedo y fresco y, en consecuencia, un relieve bastante suave. En el Plioceno y en el

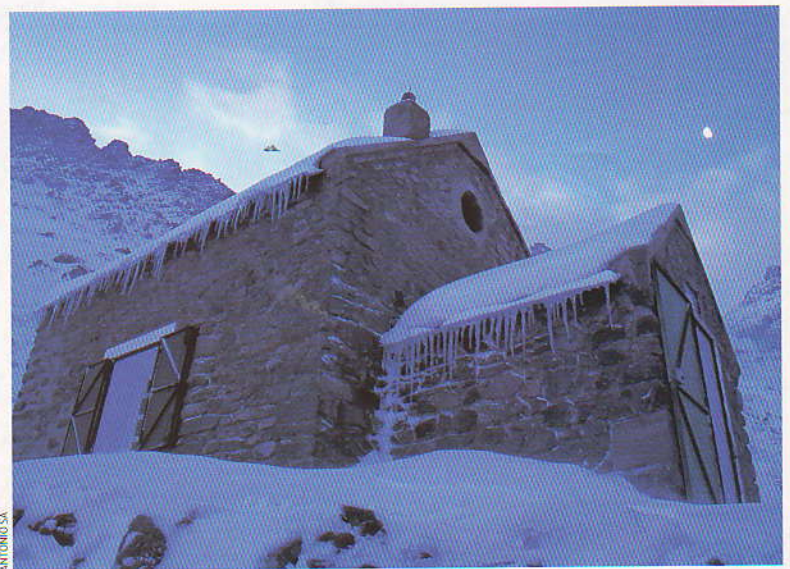
Cuaternario, el Atlas Medio vivió una importante actividad volcánica, de modo que junto a las laderas calcáreas surgieron diferentes cráteres perfectamente visibles todavía hoy. Alrededor de estos cráteres crecen espesos bosques de cedros y de encinas que constituyen un elemento distintivo de la región.

Justo lo contrario sucede con el Anti-Atlas: su vecindad con el desierto le proporciona un clima cálido y muy seco, con un paisaje que se caracteriza por la escasez de vegetación, si exceptuamos los cultivos concentrados en las zonas irrigables. El suelo del Anti-Atlas es ígneo, mucho más antiguo que el de las otras cordilleras marroquíes.

Desfiladeros y cumbres escarpadas

En cuanto al Gran Atlas, únicamente su macizo occidental —al sur de Marrakech— conserva su carácter granítico, caracterizado por las escarpadas cumbres. El resto es básicamente calcáreo, con profundos cañones nacidos de la meteorización física de la roca causada por las esporádicas lluvias torrenciales e incluso por los glaciares. Tales desfiladeros dan al paisaje un aire espectacular, sobre todo en el macizo central, donde alcanzan desniveles de hasta 700 metros y hacen las delicias de los escasos aficionados al barranquismo que los han descubierto.

El clima del Gran Atlas es extremado en todos los sentidos. Las temperaturas no sólo experimentan oscilaciones de hasta cincuenta grados entre el verano y el invierno, sino que incluso pueden cambiar bruscamente entre el día y la noche, o entre los momentos de sol y los de lluvia. Un dicho popular dice que estas montañas son “una tierra muy fría donde el sol calienta con mucha fuerza”. Y no va desencaminado.



ANTONIO SA

DULCES NOCHES. En las montañas que rodean la población de Imlil destacan, junto a la impresionante altitud del macizo de Toubkal, los acantilados de Tazaghart (izquierda). En el camino de ascenso, a 3.000 metros de altitud, está el refugio de L'Epiney (arriba).



JUAN CARLOS PINOZ



ANTONIO SA



ANTONIO SA

ASCENSO EN ZIG ZAG. De arriba a abajo: entre Marrakech y Ouarzate se erigen las montañas de Taferiate; en la base del Toubkal confluyen diferentes vientos; el sendero que asciende por este macizo de 4.165 metros pasa junto a la aldea de Aroumd.

Los veranos resultan muy calurosos en las zonas menos elevadas de la cordillera, si bien, por encima de los 2.000 metros, el aire fresco los hace agradables. Por su parte, los inviernos son realmente crudos incluso en la vertiente sur, sobre todo cuando sopla el viento gélido después de cada nevada. En agosto suelen caer lluvias torrenciales, fuertes pero breves, siempre a última hora de la tarde. Las lluvias de primavera y otoño, por el contrario, son más suaves y prolongadas, resultando muy provechosas para la agricultura.

Un sinfín de cimas blancas

La cumbre más elevada del Gran Atlas y de Marruecos es el Jebel Toubkal, con 4.167 metros. Asimismo, se pueden mencionar otras trece cimas y puntas que superan los 4.000 metros. La mayor parte de ellas están en el macizo granítico occidental y el resto en el macizo calcáreo del Irhil Mgoun, en el Gran Atlas central. También son incontables las cumbres de 3.000 metros. En general, la nieve permanece en la vertiente norte durante la mayor parte del invierno e incluso hasta muy entrada la primavera, pero se derrite pocos días después de cada nevada en la cara sur, debido a los potentes rayos del sol. En marzo y abril, con el deshielo, los ríos alcanzan su máximo caudal. También son importantes las crecidas que se producen con cada lluvia torrencial, en verano.

La vegetación varía mucho de unos macizos a otros y, sobre todo, según la vertiente. En el norte hay bosques de encinas, de pinos y de cedros, que dejan paso a las tuyas en las zonas más elevadas. En el sur, por el contrario, los únicos árboles que se ven son frutales plantados por la mano del hombre en el fondo de las vaguadas, donde resulta posible su irrigación. Entre ellos destacan el nogal, el almendro, el olivo y, por debajo de los 1.500 metros, la palmera datilera. También abunda el chopo, cuya madera es muy utilizada en la construcción. En los altos valles encontramos extensos pastizales que han atraído al hombre desde la prehistoria, como lo prueban los numerosos grabados rupestres de Oukaimeden, de la meseta de Yaourt y del Jebel Rat entre otros. Dichos pastizales —jalonados de pequeños arbustos espinosos, muy apreciados por los dromedarios como alimento— crecen sobre todo en verano, después de retirarse la nieve.

En cuanto a la fauna, en el Gran Atlas podemos ver numerosas especies mediterráneas y otras de tipo africano. Abundan los chacales en toda la cordillera, los jabalíes y los macacos en las zonas boscosas del norte, y los dromedarios en la vertiente sur. Sobreviven algunos musmones, gacelas y lince, pero hay dudas sobre la existencia de leopardos, que se dejaron ver por última vez hace dos décadas. Y ni aun queriendo, podremos ver al mítico león del Atlas, pues se extinguió a principios del siglo XX. ■



Roger Mimó (SABADELL, 1962) vive en Marruecos desde 1989, es un gran especialista en la cultura tradicional marroquí y ha publicado diferentes guías y libros sobre el país. En su libro *El largo camino africano* (Grandes viajeros, 2001) describe un viaje por el país marroquí de norte a sur.

UN CIRCO MONTAÑOSO

La meseta de Tichka, en la parte oeste del Alto Atlas, está rodeada de una cordillera con cumbres que superan los 3.000 metros de altura.

